

GLOBALIZACIÓN O MUNDIALIZACIÓN, TANTO MONTA-MONTA TANTO

Javier Feal Vázquez

*Capitán de fragata
Profesor de la ESFAS.*

Introducción

Hoy en día la globalización es un tema que interesa, fundamentalmente para que podamos comprender lo que ocurre en el mundo que nos rodea.

A mi entender, ayudaría al análisis y a la comprensión del asunto «globalización», separarlo del cúmulo de acontecimientos entre los cuales surge. De entrada yo no me atrevería a dar una definición del término, no sé si se trata de un sistema, de una estrategia de no se sabe quién, de una herramienta, de una patraña, o más bien de un «estado» de la situación, una cualidad, por así decirlo.

Lo que sí me parece es que muchos de los implicados (que creo somos todos), nos enfrentamos a la cuestión en un estado (personal) de confusión bastante intenso. Desde esa confusión debemos bucear en el nuevo mar. Nos envuelve, presenta múltiples caras, es bastante turbio, es de proporciones planetarias y nos hemos visto sumergidos súbitamente en él (hablando en términos de evolución histórica). El cuento tradicional del elefante en la oscuridad creo que podría proporcionar una imagen adecuada al momento:

«Se dice que un grupo de hombres ciegos trataban de hacerse la idea de cómo era un elefante, sólo por el sentido del tacto. Uno de ellos exclamaba que se trataba de un abanico (una oreja), otro que era como una cuerda larga (la cola), otro que era más bien un sólido pilar (una pata), otro que era como un muro (el pecho)», y así sucesivamente.

A pesar de que la globalización ha aparecido de la mano del capitalismo, como una consecuencia o como una necesidad de expansión, más bien explosión, tengo la intuición de que «la globalización», sea lo que traiga dentro, no es necesariamente igual al capitalismo. Tiene muchas dimensiones y presenta importantes amenazas en su reciente aparición, pueden vislumbrarse nuevas oportunidades... En esta exploración, se me antoja que el estado o el proceso de globalización sobrevivirá al capitalismo y permanecerá bajo otras formas de relación económica y social, incorporándose a la historia de la humanidad como una de las grandes ondas que la han configurado.

En el presente trabajo, como protagonistas del nuevo capitalismo, trataré la globalización y el neoliberalismo; las relaciones entre globalización y democracia, poder y guerra; analizaré las principales protestas contra la globalización; daré una visión sobre la pobreza en el mundo actual y cómo se puede ayudar al desarrollo, para terminar con una visión de futuro a modo de conclusión.

¿Qué es la globalización?

Para poder analizar los supuestos efectos de la globalización, no tengo más remedio que intentar clarificar su sentido.

Entendemos por globalización o mundialización, tanto monta-monta tanto, la situación que se crea cuando existen relaciones, flujos, comportamientos, actores, procesos y valores que tienen origen, actúan, se reproducen, repercuten o se identifican en el espacio mundial, debiendo quedar claro que su mera existencia nada dice de su importancia relativa. Hoy son muchas las mundializaciones en curso y densas sus interdependencias. Pero, según hablamos de la mundialización de la tecnología, de los procesos ambientales, de los valores, de la cultura, de las instituciones, del discurso económico o de la realidad comercial, productiva o financiera, podremos afirmar cosas distintas de sus causas, de su naturaleza, del grado alcanzado, de sus tendencias y de sus efectos. Es imprescindible ser conscientes de que lo que es pertinente para un tipo de globalización no lo es para otra, y viceversa. Además, aunque la globalización que hoy impera no es pura ideología, es indudable que hay también una fuerte componente ideológica cuando, a escala mundial, se presenta la lectura de los procesos que propone el paradigma neoliberal como la única posible, la verdadera: ciencia en estado puro.

Haciendo un poco de historia, el término «globalización» comenzó a ser utilizado tímidamente en los círculos económicos a mediados de los años ochenta, como referencia a la integración de distintas y distantes economías. Pronto logró una sólida penetración en el lenguaje universal, hasta llegar a formar parte del léxico habitual con el que los no especialistas en la materia se refieren a uno de los fenómenos económicos más relevantes de nuestro tiempo. Probablemente, ningún otro proceso define mejor los fundamentos de la economía mundial en este cambio de centuria. Ningún otro vocablo resume de forma más eficaz el marco en el que los pensadores de la ciencia económica contemplan el horizonte que el nuevo siglo parece configurar. Habrá de ser, ciertamente, en un contexto globalizado donde encontremos cauces de solución a las tensiones sociales y a los conflictos económicos del nuevo siglo.

El Fondo Monetario Internacional define el fenómeno globalizador como el proceso de:

«Acelerada integración mundial de las economías, a través de la producción, el comercio, los flujos financieros, la difusión tecnológica, las redes de información y las corrientes culturales.»

Globalización y democracia

No hace mucho tiempo que la transición española de la dictadura a la democracia despertó el interés y la envidia de políticos en distintas partes del mundo. En la década de 1980, los latinoamericanos se pusieron a estudiar las condiciones, características y experiencias de la transición, mientras que en el decenio siguiente les tocó el turno a los países del desmembrado bloque del este europeo. El objetivo final, la ansiada democracia, lo tenían en común todos estos países, pero la transición a la española resultó imposible de imitar, en gran parte debido a que en España la transición a la democracia

se dio con una consecuencia política lógica de transformaciones socio-económicas que habían tenido lugar en el periodo 1960-1975.

La industrialización y el despegue del sector terciario fueron factores determinantes en España, en tanto que en los países latinoamericanos, así como los antiguos integrantes del bloque del Este, más bien habían conocido un proceso opuesto: el desmoronamiento del aparato productivo.

Hoy, a más de 10 años de la caída del muro de Berlín y a raíz de la globalización, cabría pensar si la democracia se encuentra en peligro, y se discute si la globalización económica está minando las bases de la democracia Estado-Nación. Las relaciones de poder globalizadas quitan relevancia a las instituciones nacionales de la democracia parlamentaria y representativa. A partir de la década de 1980, la desregulación de los mercados financieros y la privatización a gran escala de servicios estatales han perjudicado los esfuerzos por la estabilidad social y la distribución equitativa de los recursos, siendo las consecuencias la desigualdad, la desintegración y el descontento a nivel social. La eficacia y el crecimiento económico constituyen ahora el rasero por el que se mide todo en esta era de la globalización, y en el afán por la ganancia, las fronteras nacionales no son más que obstáculos a superar.

El siglo xx fue, en gran parte, el siglo de las Naciones-Estado, y al entrar en el siglo xxi existen en el mundo alrededor de 200 unidades de este tipo. Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) se asistió al despegue de la colaboración internacional para tratar de evitar conflictos bélicos y se echaron los cimientos de un edificio jurídico de cooperación destinado a crear una legislación universal de derechos humanos y de coexistencia pacífica, legislación que en más de una ocasión entraba en conflicto con leyes nacionales. Y desde la década de 1920 hubo una tendencia, que se fue acentuando a lo largo de la centuria, a la actuación transnacional de las grandes empresas, que de esta manera se encontraban muchas veces en un vacío jurídico, pudiendo proceder más o menos a su antojo y en función de la lógica de la mayor ganancia económica.

A lo largo de las últimas dos décadas, mucho poder ha sido transferido al capital financiero, convirtiendo a bancos, inversores, especuladores e instituciones financieras en reales actores políticos. Y aquí es donde realmente reside el gran dilema democrático: si a los inversores no les agrada la política de un país retiran lisa y llanamente las inversiones, ocasionando así una fuerte presión política y minando la democracia.

El neoliberalismo

No cabe duda que los factores que caracterizan al nuevo capitalismo son, entre otros, la globalización y el neoliberalismo.

Una de las manifestaciones del liberalismo moderno es su pretensión de alzarse como la única interpretación que permite entender el mundo en su estado actual y, por ende, la única que puede aspirar a dirigir políticamente su destino. Cualquier otra percepción

que se aparte de este vaticinado triunfo mundial del liberalismo en donde tiene su final la historia humana (Fukuyama) (1) es tachada de utópica, anacrónica o incluso conservadora. De ahí que sea muy acertada la definición del liberalismo moderno como pensamiento único, pues su arrogante legitimidad descansa en buena parte en que no reconoce oponentes.

Confieso, que mis conocimientos de economía no son muy amplios, pero para dar una opinión sobre el neoliberalismo «basta saber sumar, restar, multiplicar y dividir».

Para muchos (2), el neoliberalismo no es otra cosa que la modernización computerizada del pasado siglo, un estímulo propiciatorio al resurgimiento de un capitalismo salvaje, donde la propiedad privada pierde su función social para convertirse en un asunto exclusivo de su propietario, dejando al Estado en una posición de espectador pasivo.

Ahora bien, ¿qué debemos entender por neoliberalismo? El término es escurridizo y se presta más a elucubraciones ideológicas y políticas que propiamente económicas.

El neoliberalismo, como el primer liberalismo, apela al orden inmutable de la naturaleza para defender su orden político y económico. Así pues, lo natural es el individuo, no la sociedad; lo natural es la voluntad de cada individuo, no la libertad de los demás; lo natural es el egoísmo de cada individuo, no la solidaridad; lo natural es el cambio interesado, no el espíritu desprendido; lo natural es lo económico, no lo político. Y así, el mercado es el ámbito social que mejor se corresponde con estos criterios; el reino de la transacción continua; el imperio del toma y daca.

El mercado se erige en modelo social. Lo natural es el mercado, no la sociedad, que se concibe sólo como una suma de individuos que intercambian objetos o servicios, y en modelo político: en los países opulentos y democráticos se gobierna con criterios económicos.

En su sentido clásico, la política, es justo lo contrario de la economía (el gobierno de la casa), que pertenece al ámbito de lo privado, en tanto que la política pertenece al ámbito de lo público; atañe al gobierno de los asuntos comunes. La política, es la actividad destinada a ocuparse de los intereses generales de los ciudadanos.

En su sentido originario, la política se refiere al arte de gobernar la ciudad (el Estado), el ámbito artificial específicamente humano donde se entrecruzan cotidianamente miles de trayectorias vitales y de proyectos particulares que no han de ser necesariamente coincidentes ni en sus medios ni en sus fines. De ahí viene la necesidad de armonizar, de organizar tales intereses para evitar que choquen y se destruyan recíprocamente en su aspiración a realizarse.

(1) FUKUYAMA, F.: *El fin de la historia y el último hombre*. Editorial Planeta. Buenos Aires. 1999.

(2) Manifestaciones en el Encuentro Internacional de Economistas en La Habana, convocado por la Asociación de Economistas de América Latina del Caribe.

El poder en el mundo

El poder es uno de los temas que siempre ha interesado e interesará en el futuro, pues su configuración y uso es determinante para la vida de las personas. Algunos (3) piensan que en la actualidad, asistimos a un cambio en el centro del poder: un trasvase desde los parlamentos elegidos por sufragio hacia los medios de comunicación, los actores de los mercados financieros y gestores de las grandes corporaciones multinacionales. Para justificar estas palabras se basan en ejemplos de la vida actual como la televisión y su audiencia masiva, los fondos de pensiones y su poder para mover dinero, los jueces estrella, etc. Y, por supuesto, todo ello gracias a la globalización, la liberación de la economía y a las mejoras impresionantes en las tecnologías de comunicación.

En mi opinión, el problema del poder en el mundo de hoy no está tanto en la capacidad de influencia de los gestores de fondos de pensiones o periodistas, sino en la falta de un liderazgo político mundial claro y reconocido que prime lo político sobre lo económico. De lo que no estoy seguro es de si disponemos de personas adecuadas para ejercer ese liderazgo: que entiendan la potencia de la revolución de las comunicaciones y tengan la generosidad y la valentía de superar modelos políticos obsoletos para la introducción en la sociedad de la información.

Antiglobalización

Las protestas crecientes contra la globalización en las reuniones de los organismos internacionales por parte de organizaciones internacionales de la llamada «sociedad civil» deberían ser objeto de un análisis riguroso, cosa que no se ha hecho hasta ahora, ya que, en unos casos tienen una base real y están bien intencionadas, y en otros, la mayoría, no lo están. Las primeras deberían ser escuchadas y tomadas en cuenta y las segundas deberían ser rechazadas por no tener un ánimo constructivo sino destructivo.

Protestar contra situaciones concretas de pobreza, desigualdad, corrupción y explotación puede ayudar a que aumente la conciencia ciudadana sobre ellas y a que se incremente la presión sobre los gobiernos, las empresas y los organismos internacionales para que intenten resolverlas y evitarlas en el futuro.

Protestar contra procesos inherentes al desarrollo de la economía mundial como el capitalismo o la globalización actuales, como si se tratase de ideologías a las que hay que adherirse o rechazar, no tiene ningún sentido práctico ya que dependen de millones de decisiones individuales. Desgraciadamente, las segundas son mucho más numerosas que las primeras y además son las que atraen mayor atención de los medios de comunicación.

Mientras la credibilidad de los políticos decae, aumenta la de las asociaciones y organizaciones de la sociedad civil que se alían en torno a causas, no a intereses propios, que consideran justas o convenientes para el futuro. La revolución de las tecnologías de la información ha permitido un enorme desarrollo de estas formas de democracia

3) ESTEFANIA, J.: *El poder en el mundo*. Plaza & Janes. Barcelona, 2000.

participativa, ya que Internet no tiene dueño y permite que puedan comunicarse, expresarse y organizarse libremente, sin necesidad de tener que ser, como antes, aceptados por los propietarios (públicos o privados) de las cadenas de televisión, radio o prensa escrita, necesarias para hacerse oír.

Hay muchas Organizaciones No Gubernamentales (ONG) (4) respetables que intentan ayudar a las personas y los países más pobres, luchando contra la pobreza y la malnutrición y, además, intentan que los países desarrollados y las organizaciones internacionales tengan mayor solidaridad con los países más pobres, aumenten su ayuda humanitaria, su ayuda al desarrollo o reduzcan su deuda. En otros casos denuncian flagrantes delitos ecológicos, alimentos nocivos para la salud o situaciones de abuso y corrupción.

Sin embargo, el resto de los que protestan, que son los más numerosos, son grupúsculos radicales y violentos de estudiantes y activistas de países desarrollados, que pueden pagarse el viaje a lugares distantes, que están en contra del orden establecido, del sistema capitalista, de la globalización y, en definitiva, del actual progreso económico. Toda persona en democracia es libre de expresar sus ideas, pero no de defenderlas con excesiva contundencia y violencia, que es lo que hacen sino con argumentos coherentes y ejemplos concretos para atraer a otras personas y formar un movimiento organizado y potente que logre tener un peso suficiente para ser escuchado y poder cambiar la situación.

Objeciones a la globalización

Todo progreso económico requiere, utilizar recursos, incurrir en costes y asumir riesgos. En el mundo globalizado, algunos gobernantes y políticos experimentan una pérdida evidente de influencia y poder, que les lleva a formular objeciones al proceso de globalización económica.

Una de estas objeciones que ha logrado una gran difusión es que la globalización supone una seria amenaza para los salarios y el nivel de vida de los trabajadores en los países industrializados, en cuanto que éstos no pueden competir internacionalmente con los menores costes de mano de obra en las naciones en vías de desarrollo. Sin embargo, la globalización parece haber tenido un efecto muy escaso sobre los salarios, el empleo y la desigualdad de rentas en las economías avanzadas. La apertura del abanico salarial entre la mano de obra especializada y la de menor formación profesional encuentra sus raíces en los cambios tecnológicos y en la lentitud de adaptación de los sistemas educativos, sin que la globalización aparezca como un factor relevante. Además, esta amenaza para los salarios denunciada, es refutada por una evidencia histórica que apunta al libre comercio y a la movilidad internacional de recursos como factores que tienden a mejorar el bienestar social de todos los países involucrados.

(4) En Praga quedó muy clara la diferencia entre unas y otras, ya que hubo cerca de 500 ONG que participaron en las reuniones como observadores o ponentes en los seminarios organizados por el Banco Mundial, y otras, muchas más, que intentaron boicotear, pacíficamente o con violencia, dichas reuniones.

Otra de las objeciones más populares es aquella que hace responsable a la libertad de movimientos de capital de las crisis monetarias que, especialmente en la segunda mitad de los años noventa, aquejaron a diversas economías del Extremo Oriente, de la antigua Unión Soviética y de América Latina. Sin embargo, tales crisis se producen cuando los mismos inversores, que habían colocado irracionalmente sus capitales en determinados países en vías de desarrollo, deciden retirarlos con precipitación, debido a oscuras maniobras de carácter extra-económico.

La evidencia demuestra que las crisis financieras internacionales tienden a producirse cuando las autoridades del país receptor de capitales, adoptan un tipo de cambio artificialmente fijo para su moneda. Esta estrategia tiende a provocar una sobreinversión en el país que la adopta, ya que aparentemente elimina los riesgos cambiarios. Por tanto, la situación sólo es sostenible si las autoridades del país en cuestión implantan políticas económicas rigurosas, que aseguren la compatibilidad de la demanda interna con la paridad cambiaria fijada. Si por el contrario se relajan los controles monetarios, se generarían fuertes déficit frente al exterior que presionarían a la baja sobre el tipo de cambio. Si así fuese, el temor a la devaluación provocaría una huida de capitales, un agotamiento de las reservas de divisas y, en definitiva, una crisis financiera, de la que no serían culpables los movimientos de capital en sí mismos, sino aquellos gobiernos incapaces de cumplir con su obligación de estabilizar la economía a tiempo.

La última objeción que trataré es la que afirma que, como consecuencia de la globalización «los países ricos son cada vez más ricos, mientras los Países en Vías de Desarrollo (PVD) se hundén cada vez más en su miseria». Si analizamos los datos estadísticos, descubriremos que efectivamente «los países ricos son cada vez más ricos», pero también que una gran mayoría de las economías pobres lo son cada vez menos, aunque la velocidad de su progreso sea inferior a lo deseable y aunque un grupo de ellas avancen a un ritmo desesperadamente lento. Es de gran importancia que los países pobres aprovechen las lecciones económicas de quienes ya lograron salir de su post-tración, y se incorporen a la dinámica de progreso que la globalización ha puesto en marcha.

De acuerdo con los datos disponibles (5) hay que contrastar tres aspectos: el crecimiento de la economía, la esperanza de vida y la tasa de alfabetización.

Entre los años 1950 y 1995 la economía de los países industrializados creció a una tasa promedio anual del 2,7%, de forma que, dichos países (entre los que se encuentra España) disfrutaban hoy de una renta *per cápita* ligeramente superior al triple de la que registraban al principio del periodo. Las naciones en vías de desarrollo (el resto) ha crecido a una tasa promedio del 2,5% y su renta *per cápita* asciende a 2,9% la del periodo original, lo que no significa en modo alguno un retroceso, sino un avance muy superior al de cualquier periodo de su historia, aunque dos décimas inferior al de los países avanzados. Entre las zonas más desfavorecidas, el África Subsahariana, que comprende el 11% de la población mundial, ha crecido solamente al 0,5% anual y su renta

(5) Informe «Human Development Report 1999» de Naciones Unidas.

per cápita es sólo un 20% superior a la de hace 50 años, con retrocesos ocasionales en años concretos.

La esperanza de vida en los países industrializados ha pasado de 66,5 años en 1950 a 74 años en la actualidad, es decir, un avance de siete años y medio. En las regiones en vías de desarrollo, la esperanza de vida se ha alargado durante el mismo periodo desde 41 a 62 años, con un incremento de 21 años, aunque de nuevo, los datos del África Subsahariana revelan un progreso mucho menor (de 35 a 47 años).

La tasa de alfabetización, por su parte, se eleva al 98% en los países avanzados, es decir, un 5% más que en 1950. De hacer caso a los planeamientos más sensacionalistas, podría pensarse que las naciones en vías de desarrollo apenas han avanzado en esta materia y, sin embargo, nada estaría más lejos de la realidad. El índice de alfabetización ha pasado del 40% al 70%, todavía netamente inferior al de las sociedades industrializadas, pero con un impresionante progreso de 30 puntos porcentuales. El salto ha sido aún mayor en el África Subsahariana (del 1 al 56%), aunque la situación diste mucho de ser satisfactoria.

La pobreza en el mundo actual

La mayoría de los países en vías de desarrollo han experimentado un crecimiento significativo. De entre los que lo han logrado, no todos los habitantes han obtenido un beneficio apreciable y, hasta en los propios países avanzados subsisten ocasionales bolsas de pobreza y marginación. Si acaso, el progreso económico alcanzado por gran parte de la humanidad despierta una mayor sensibilidad hacia la oscura suerte de quienes no lo han logrado y su situación de miseria, aún aliviada, parece más lacerante hoy que en siglos pasados, cuando la gran mayoría de los seres humanos participaban también de ese círculo de incultura y pobreza.

De entre los 160 PVD, 49 son clasificados por la Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y Desarrollo como Economías Menos Desarrolladas (PMD) (6). En la vertiente puramente económica, el umbral para la catalogación como PMD se establece en 900 dólares por habitante, mientras el nivel de desarrollo social se mide por un indicador compuesto, que incluye la mortalidad infantil, la esperanza de vida, la ingestión calórica, la tasa de escolarización y el grado de analfabetismo. Los 33 «países menos desarrollados» se encuentran en el África Subsahariana, nueve en Asia, cinco en el Pacífico y uno (Haití) en el Caribe.

Todos esos países han experimentado una insuficiente mejoría en los 50 años pasados. Si limitamos nuestro periodo de observación a la última década del siglo xx, advertiremos un claro progreso, como parece demostrar su tasa de crecimiento promedio, que para este colectivo de naciones ascendió a más de un 3% anual. Sin embargo, el informe UNCTAD (7) señala que una parte importante de ese crecimiento corresponde a un solo país (Bangladesh), en el que vive casi el 20% de la población de los países menos

(6) También se les conoce como Países Menos Adelantados (PMA).

(7) Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y Desarrollo (UNCTAD)

avanzados. Para el resto, el crecimiento económico no ha superado el 2,4% anual y el de la renta *per cápita* no llega al medio por ciento. Incluso, algunos de ellos, como los situados en el África Subsahariana, han conocido subperiodos (incluidos los últimos años) de retroceso neto en su renta *per cápita*, mientras su desarrollo social también presenta algunos parámetros de regresión, especialmente en el orden sanitario y de esperanza de vida, como consecuencia de las guerras civiles, la malaria y el sida.

La población total de los países menos avanzados asciende a casi 600 millones de habitantes, pero no son ellos los únicos desfavorecidos en el mundo. Se calcula que el doble de ese número de personas (es decir, 1.200 millones) viven con menos de un dólar al día y, de ellos, 200 millones residen en China. Ciertamente, tales datos están basados en encuestas discontinuas y no siempre uniformes, por lo que la cifra no debería tomarse como un parámetro matemático exacto.

Cabría, asimismo, profundizar en las diferencias conceptuales y materiales entre «atraso y pobreza», (dos situaciones que no siempre coinciden) y constatar que, en todo caso, las proporciones de población afectada son inferiores a las de hace diez años. Ninguna de estas importantes matizaciones, por relevantes que sean, pueden, sin embargo, negar el alcance y la profundidad de la tragedia humana que el subdesarrollo plantea en un mundo próspero y globalizado. Las mismas encuestas, aún con sus defectos y posibles exageraciones, señalan que un gran número de seres humanos (según ellas, cerca de 1.000 millones) no tienen acceso a un agua cuya potabilidad esté garantizada y casi el doble no disponen de saneamientos básicos como los concebimos en el mundo desarrollado. Cerca de 1.000 millones de adultos (especialmente mujeres) son analfabetos y los porcentajes de escolarización infantil no alcanzan en los PMA el nivel adecuado. Queda, pues, mucha tarea por realizar si aspiramos a que la totalidad de la población se incorpore a una dinámica de progreso, siguiendo los cauces que han permitido a una gran parte del mundo romper el círculo histórico de la miseria.

El último informe del Banco Mundial establece argumentos equilibrados y persuasivos para evaluar lo que la globalización ha brindado hasta ahora, junto con propuestas para ampliar los beneficios a quienes por ahora han quedado al margen. El Banco reconoce sin vacilaciones que hay generadores y perdedores: 3.000 millones de personas que viven en los PVD han visto aumentar sus niveles de vida de manera sostenida en los últimos 20 años, en tanto 2.000 millones se encuentran en países que son cada vez más pobres. El documento sostiene que carece de sentido dividir al mundo en países ricos y pobres. Ahora hay tres grupos de países: los ricos, los nuevos «globalizadores» en el mundo en vías de desarrollo, y un tercer grupo de países que están mucho menos integrados a la economía mundial.

El tercer grupo es el que preocupa al Banco Mundial, debido a que está compuesto de países que se siguen empobreciendo de manera sostenida, tanto en términos relativos como absolutos, y que están en situación de creciente marginalidad.

El informe puntualiza que la globalización no es inevitable. Recuerda que la primera ola de globalización, de 1870 a 1914, vio duplicar la participación del comercio mundial al 8% del ingreso mundial. Pero, después de dos guerras mundiales y las políticas comerciales de la depresión de la década de los años treinta, el comercio mundial se redujo,

como proporción del ingreso mundial, a fines de la década de los años cuarenta, al nivel de 1870.

La segunda ola de la globalización, de 1945 a 1980, estuvo en gran medida confiada a los ricos países industrializados. Hubo pocos cambios dramáticos en la estructura económica en los países pobres, los que siguieron dependiendo de las materias primas para el comercio y la economía.

En el más reciente periodo de globalización, iniciado en el año 1980, se ha visto un cambio radical de la suerte para muchos de los pobres del mundo. Por primera vez, se ha verificado sostenida declinación del número de personas que viven en la pobreza, definida por personas que viven con menos de un dólar por día. Los 24 PVD que el informe define como globalizadores, han visto crecer su Producto Interior Bruto (PIB) *per cápita* a una velocidad dos veces superior al de las naciones ricas. Los PVD en su totalidad han visto un espectacular crecimiento de sus exportaciones de bienes manufacturados (8). La República Popular China, India, Hungría, Vietnam, Uganda y Bangladesh, cada uno muy diferente del resto, se han beneficiado de la mayor integración a la economía mundial.

Los vínculos causales siempre resultan difíciles de identificar. Sin embargo, la mayor parte de las investigaciones muestran estrecha relación entre el comercio y la reducción de pobreza, aunque la causalidad no ha sido probada. Los países a los que les ha ido peor en las últimas décadas ahora participan menos del sistema de comercio mundial que en el pasado. África Subsahariana, partes de lo que fue la Unión Soviética, y países que fracasaron como Afganistán y Congo, entran en esta categoría. El Banco Mundial sostiene la necesidad de acción internacional para ayudar a esos países a integrarse más, mediante el incremento de la ayuda, la provisión de mejor acceso a los mercados de los países ricos y el apoyo para que introduzcan reformas que fortalezcan su rendimiento económico.

¿Cómo se puede ayudar al desarrollo?

El reconocimiento de las dimensiones de la pobreza en el mundo ha de llevarnos inevitablemente a reflexionar sobre las vías para abordar el problema, en una exploración de soluciones que, al menos, alivien sustancialmente la situación, aunque la «solución» que termine para siempre con la marginación de cualquier ser humano, reduciendo a cero el número de pobres, no esté probablemente al alcance de una sola generación.

Sería difícil inventariar todas las posibles estrategias de impulso al desarrollo, por ello merece la pena reflexionar sobre las dos líneas de actuación que se tratan de abordar con más frecuencia: la ayuda incondicionada y el alivio de la deuda externa.

De acuerdo con los datos aportados por el secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, los 49 países más pobres, a los que antes se ha hecho referencia, reciben un flujo significativo de ayuda al desarrollo, equivalente a 12.000 millones de dólares, equi-

(8) Pasaron de representar el 25% de sus exportaciones totales en 1980, a más del 80% en 1999.

valente al 15% de su PIB conjunto. Para algunos países (como Malawi, Mozambique, Laos o la propia Nicaragua) la ayuda oficial recibida supone más de la cuarta parte de su renta nacional. Como promedio, cada uno de los países integrantes del Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (es decir, los países avanzados) dedica a la ayuda oficial al desarrollo 75 dólares por habitante, es decir el 0,3% de su PIB, por lo que, para explicar la cifra de 12.000 millones, antes señalada, cabe suponer que el sector privado de esos mismos países aporta un volumen de ayuda casi igual al facilitado por los gobiernos u organismos oficiales.

Esta importante cantidad de recursos es canalizada, en su mayoría, por las llamadas ONG cuyo número, actividad e influencia han alcanzado niveles difícilmente imaginables hace muy pocos años.

Ciertamente, el esfuerzo de ayuda directa al desarrollo y la creciente actividad de las ONG han aliviado muchas situaciones de desesperante miseria, a la vez que, en el proceso de asistencia a los más pobres, han ennoblecido la calidad humana y moral de los propios cooperantes, hasta niveles en ocasiones heroicos. Su actitud merece admiración y apoyo, pero el esfuerzo por buscar soluciones técnicas al subdesarrollo no puede agotarse ahí, porque la Historia demuestra que ningún país o colectividad humana ha logrado incorporarse a una dinámica de desarrollo sostenido sólo a través de donaciones, o de ayuda incondicional a fondo perdido, procedente del exterior. Nuestra responsabilidad, a comienzos del siglo XXI, no estriba sólo en realizar aportaciones ocasionales para aliviar las situaciones especialmente graves de los países menos desarrollados, ni siquiera en multiplicar su importe, sino en esforzarnos por encontrar fórmulas más eficaces, que permitan a todos los países y a todas las sociedades participar, de forma permanente, en el progreso global, con sus exigencias y sus incuestionables ventajas. Tales fórmulas requieren probablemente mucho más que limosnas o donaciones incondicionales, aunque incluyan también estas últimas.

Aunque la idea del alivio de la deuda ha sido planteada en diversos foros, el planteamiento inicial fue formulado por Juan Pablo II en el año 1995, a través de su carta apostólica *Tertio Millenio Adveniente*, relativa a la preparación del jubileo del año 2000. Después, el Papa volvió a referirse repetidamente a la misma cuestión, que situó en un lugar importante para la celebración del cambio de milenio. No obstante, la voz de la Santa Sede no ha sido la única alzada en defensa de la misma propuesta.

Una amenaza importante para la superación de las dificultades técnicas y políticas asociadas a la condonación de deudas internacionales procede de la tendencia a simplificar indebidamente la cuestión. Condonar la deuda internacional no es una operación tan simple como la de perdonar los débitos privados a una persona individual, claramente identificada, de solvencia claramente valorable y que, con toda probabilidad no volverá a mantener relaciones financieras con el acreedor.

Seis parecen ser las grandes cuestiones que el alivio de la carga de la deuda externa suscita:

1. Qué países deben ser los beneficiarios.
2. Qué deudas pueden ser condonadas o aliviadas.

3. Cuáles son los mecanismos propuestos.
4. Cuál es el coste de la operación y quién debe soportarlo.
5. Qué cabe hacer para mantener abiertos los cauces de acceso a la financiación internacional, tras la condonación de las deudas.
6. Cómo asegurar que el alivio de las deudas redunde en beneficio de la población afectada.

Globalización y guerra

No cabe duda que los atentados del día 11 de septiembre marcan «un antes y un después», y que el proceso de globalización en curso ahora tendrá que tomar en cuenta nuevos múltiples factores que seguramente seguirán apareciendo como consecuencia de lo sucedido en Estados Unidos. A su vez, esta nueva «guerra» no debe empañar el debate que se ha generado en la última década sobre los efectos de una globalización que hoy incluye solamente al 15% de la población mundial mientras el 60% nunca ha realizado una llamada telefónica. La vilencia terrorista y los atentados del martes día 11 no son una consecuencia directa de la globalización, pero para comprender de qué manera están imbricados es inevitable analizar que vinculación existe entre ellos a comienzos del siglo XXI y qué *rol* le cabe a Estados Unidos, locomotora indiscutible de esta globalización.

En la década del noventa las referencias a la «globalización» han convertido este concepto en un término vacío de contenido y precisión. Simplificando, podría decirse que desde los años setenta la «globalización» parece haberse convertido en un simple catálogo de todo lo que puede sonar a novedad; ya sean los avances en la tecnología de la información, el uso generalizado del transporte, la especulación financiera, el creciente flujo internacional del capital, la *disneyficación* de la cultura, el comercio masivo, el calentamiento global, la ingeniería genética, la CNN y sus transmisiones en directo desde cualquier punto del planeta, el poder de las empresas multinacionales o la nueva división y movilidad internacional del trabajo.

Para que se puedan comprender, de manera separada y como están imbricados, la «globalización» y los atentados a las Torres Gemelas y el Pentágono el día 11 de septiembre, es indispensable hacerlo en el marco de cuatro hechos que se entrecruzan y retroalimentan; dos de ellos históricos y dos del ámbito de las ideologías.

Primero, la caída del muro de Berlín el día 9 de noviembre, que, como representación simbólica, marcó el comienzo del fin del mundo bipolar y del enfrentamiento Este-Oeste al desaparecer la Unión Soviética en el año 1991 dejando a Estados Unidos como única e indiscutida superpotencia.

Segundo, el polémico artículo de Francis Fukuyama (9), profetizando sobre el fin de la Historia al desmoronarse el bloque soviético e identificando al capitalismo liberal como la única sociedad capaz de satisfacer los anhelos más profundos y fundamentales de los seres humanos.

(9) Asesor de la Rand Corporation.

Tercero, la guerra del Golfo en febrero de 1991, que dio paso al intento de remodelar un «nuevo orden internacional» (10), y que representa los claros intereses estratégicos de Washington de erigirse como potencia hegemónica en el ámbito militar, económico y político con la desintegración del bloque soviético.

Cuarto, siguiendo con la línea de pensamiento de Fukuyama, Samuel Huntington (11), planteó que, dada la desaparición de la Unión Soviética, los conflictos sociales desaparecerían y el «choque de civilizaciones» marcaría las futuras relaciones sociales.

Si bien es un marco referencial que permite un acercamiento a la nueva situación mundial desencadenada el día 11 de septiembre, no es menos cierto que resulta extremadamente complejo tratar el carácter de esta crisis internacional y la naturaleza del conflicto que se asemeja a las cajas chinas: a medida que se abre una surge otra y no se puede vislumbrar cómo será la última de ellas.

En la década de los noventa la globalización estuvo marcada por dos ejes. Primero, la «globalización» del capital y su expansión a los países ex comunistas, la conquista neoliberal de economías y la amplia privatización de las empresas públicas, en el Norte y el Sur, lo que llevó a resignificar la dominación global del capital.

La *mcdonalización* de la esfera cultural, económica y social. Para muchos pueblos, desde Chiapas, pasando por Moscú o París, la globalización representa la sistemática penetración e imposición de valores, comportamientos, instituciones e identidades que incluye el *blue jeans*, la hamburguesa, la Coca-Cola, MTV y la CNN como símbolos representativos.

Es indudable que Estados Unidos despierta sentimientos contradictorios. Por un lado es admirado su estilo de vida, el tan difundido *american way of life*, la construcción de su sistema democrático, la libertad de prensa y expresión, y un conjunto de valores que seducen a una porción importante de la humanidad, especialmente a los gobernantes que buscan los favores de Occidente. Pero, aunque a los occidentales les cueste aceptarlo, este modelo dista de seducir a la mayoría de los pueblos poseedores de tradiciones milenarias, que son la mayoría de la tierra. Sin ningún intento de justificar los atentados, líbreme Dios, la realidad indica que en la relación ambivalente que existe entre la aceptación y el rechazo, los atentados a las Torres Gemelas provocaron, fuera de Estados Unidos y no solamente por un puñado de fanáticos en el mundo islámico, un sentimiento muy amplio de «sabor a revancha» y «comprensión», independientemente de la identidad de los autores.

A modo de conclusión: el futuro

Nuevas ideas, nuevos esfuerzos y nuevas vías de actuación resultan, a principios del siglo XXI, tan necesarios como urgentes.

(10) Definición acuñada por el presidente de Estados Unidos, George Bush.

(11) Politólogo de Harvard.

Los países menos desarrollados necesitan, sobre todo, alcanzar la paz. El fin de las numerosas guerras civiles que los asolan es condición absolutamente necesaria para que cualquier vía de asistencia tenga una mínima eficacia.

Las guerras paralizan las economías ya que destruyen el capital físico, humano y social: reducen la inversión, desvían el gasto público de las actividades productivas y obligan a los trabajadores altamente especializados a emigrar (12).

Sólo en el continente africano (13), debe señalarse que Zimbabue se debate en conflictos internos, Etiopía y Eritrea mantienen hostilidades, en Uganda y Ruanda permanecen serias tensiones, Angola y Sudán continúan en guerra civil, Sierra Leona no ha superado sus conflictos, la República Democrática del Congo no ha alcanzado aún la estabilidad deseable, etc.

Cabría aquí recordar cómo las imágenes más dramáticas que los medios de comunicación divulgan sobre el drama de la pobreza corresponden, casi siempre, a países en guerra. Ciertamente, establecer programas de ajuste y reforma económica que aseguren el crecimiento futuro, parece hoy una quimera. Sin paz no es posible el desarrollo y cuanto pueda hacerse por asegurar aquélla constituirá, hoy por hoy, la mejor aportación a la lucha contra la pobreza.

La segunda, y no menos importante, condición para iniciar el despegue hacia un progreso sostenible, estriba en la apertura de los mercados a los productos de los PVD.

Una tercera condición para asentar las bases de un desarrollo sostenible, que permita la incorporación de los PVD al progreso global, estriba en el crecimiento equilibrado de los países avanzados y en la estabilidad del sistema monetario internacional.

En efecto, la violencia y amplitud de fluctuaciones cíclicas en las economías industrializadas no sólo afecta negativamente a éstas, sino que introduce un importante elemento de distorsión en la dinámica de los PVD y, en especial, de los menos desarrollados, que reciben inmediatamente el impacto desfavorable de dichos fenómenos, como la historia económica se encarga repetidamente de recordarnos.

Además de paz, mercados y un entorno equilibrado para la economía global, la superación de la pobreza en los países no desarrollados requiere un flujo constante e intenso de inversiones exteriores. Obviamente no cabe esperar que dicha corriente inversora se origine, y menos aún se mantenga, en ausencia de las anteriores condiciones de aparente «normalidad» histórica e institucional, la intensidad de tales inversiones ha venido siendo menos que satisfactoria y, en todo caso, muy desigual en su reparto, con tendencia a concentrarse en un número limitado de países en desarrollo.

El informe de la UNCTAD recordaba que el flujo de inversiones directas hacia los 49 países menos favorecidos se ha multiplicado por nueve en la década de los noventa pero,

(12) En una guerra civil, la producción *per cápita* del país disminuye en promedio más del 2% al año con relación a lo que habría ocurrido en ausencia del conflicto. En las guerras más cruentas y prolongadas, los costos económicos y humanos son todavía mayores.

(13) Donde se ubican 34 de las 49 naciones menos desarrolladas del mundo.

en todo, no representa más que el 0,5% de la inversión directa internacional, que se dirige fundamentalmente a economías industrializadas o a muy pocos de los PVD.

En el África Subsahariana la inversión directa exterior recibida por la mayoría de los países apenas representa el 5% de su PIB. Dada la escasez, práctica nulidad, del ahorro interno, puede fácilmente entenderse que un flujo tan reducido de inversión externa jamás podrá romper el círculo vicioso del estancamiento económico y la miseria humana.

Otro conjunto de actuaciones, que deba probablemente ser revisado a la luz de la experiencia, es el relativo a la asistencia técnica prestada a los PVD. Sin duda, la existencia más eficaz es aquella vinculada a los propios proyectos de inversión, porque en los PVD, como en todo el mundo, la iniciativa privada es el cauce más potente y eficaz para las transferencias de tecnología, en especial, para aquellas vinculadas a la producción de bienes físicos y servicios de mercado.

Sin embargo, existe también un amplio campo para la prestación de asistencia técnica no vinculada a inversiones de mercado en, al menos, tres ámbitos: educación, sanidad y todo el complejo de actuaciones que se encierra en el término inglés *governance*, aceptado en todo el mundo como sinónimo de «desarrollo institucional y buenas prácticas de gobierno».

En íntima conexión con lo anterior, debe subrayarse la importancia crucial que una correcta pedagogía de valores sociales debe tener en cualquier diseño de políticas de lucha contra la pobreza. Obviamente, la «cultura de valores» hace referencia a la persona humana en su integridad y trasciende cualquier consideración respecto al simple crecimiento del PIB, pero tampoco puede olvidarse, cuando de este último tema se trata, la dimensión económica que los valores éticos conllevan.

Así los valores de honestidad y transparencia, la vigencia de los compromisos adquiridos, el respeto a la ley y a los conciudadanos, la veracidad, el cumplimiento de los deberes sociales, el ejercicio responsable del poder, el autocontrol personal, etc. no solamente definen a la persona moralmente íntegra. Tiene también, resulta obvio, profundas repercusiones económicas y consecuencias evidentes para el desarrollo de los pueblos, que, sin ellas, se torna inviable.

La globalización y la pobreza no son fenómenos necesariamente correlacionados. La miseria, no es, en mi opinión, un corolario forzoso, ni siquiera probable, de la economía globalizada. Sus soluciones no requieren cerrar nuevamente las estructuras económicas en ámbitos puramente nacionales sino, por el contrario, profundizar en el fenómeno globalizador. Exigen, eso sí, reflexión, esfuerzo, sentido del riesgo, firmeza y competencia profesional. En ausencia de todo ello, los buenos sentimientos pueden también traicionarnos y, aplicados de forma irreflexiva o incompetente, crear problemas más graves que los que pretendían resolver. Pero estamos aún a tiempo de encontrar vías pacíficas de solución a la pobreza en el mundo si la sensibilidad social complementa, y no sustituye, a la racionalidad económica, si la compasión es encauzada por la senda de la eficacia, es decir, si corazón y cabeza operan en la misma dirección, presididas ambas por el imperio de la ética.

Por último, resulta difícil discrepar con muchas de las recomendaciones del Banco Mundial. Los militantes contrarios a la globalización rehusarán coincidir con el enfoque del Banco de que más globalización y no menos, es lo que realmente necesitan los países pobres. Pero, hasta ellos acompañarían más ayuda del exterior, alivio de la deuda y mejor acceso a los servicios de salud y educación para todos, así como mayor protección social a los trabajadores. Probablemente éstos también suscribirán el llamado del Banco para una acción efectiva con vista a abordar el calentamiento global y los gases de efecto invernadero. Quizás se resistan a la idea de crear un clima mejor para la inversión en los países en vías de desarrollo, aunque muy pocos asumirían similar postura.

BIBLIOGRAFÍA

ARTÍCULOS (PERIÓDICOS Y REVISTAS)

- ESTEFANIA, J.: «La globalización mutilada». *El País*, 20 de mayo de 2001.
- FRIEDMAN, T.: «World War III». *New York Times*, 13 de septiembre de 2001.
- «We are all alone». *New York Times*, 26 de octubre de 2001.
- HUNTINGTON, S.: «The Clash of Civilizations?». *Foreign Affairs*, volumen 72, número 3. Verano, 1993.
- THOMSON, B.: «Combating Terrorism». *New York Times*, 12 de noviembre de 2001.

ARTÍCULOS (INTERNET)

- DÍEZ, E.: «Tasa Tobin», 25 de enero de 2001.
- GONZÁLEZ, MARIO J.: «Neoliberalismo, globalización, desarrollo,...», 6 de abril de 2001.
- HERRERO MOLINO, C.: «Aportación al debate sobre globalización», 3 de agosto de 2001.
- OLIVERA, J. E.: «Patología del desempleo», 23 de enero de 2001.
- ROCA, J. M.: «Viejas ideas», 7 de septiembre de 2001.
- SAID, E. W.: «Globalización y neoliberalismo», 10 de octubre de 2000.
- TORIBIO, JUAN J.: «Globalización, desarrollo y pobreza», 9 de abril de 2002.

ARTÍCULOS (EL PAÍS DIGITAL-OPINIÓN)

- MARTÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS, Á.: «La(s) globalización(es) y sus efectos», 30 de diciembre de 2000.
- NYMARK, J.: «Democracia y globalización», 6 de mayo de 2000.

INFORMES

- Banco Mundial: «Globalization, Growth and Poverty: Building an Inclusive World Economy». *Portal Latinoamericano en globalización*.
- Naciones Unidas: «Human Development Report 1999». www.CLAES.com

LIBROS

- ESTEFANIA, J.: *Aquí no puede ocurrir: el nuevo espíritu del capitalismo*. Editorial Taurus. Madrid, 2000.
- *Hija ¿qué es la globalización?*. Editorial Taurus. Madrid. 2001.